



Javier Marías, articulista [LA ZONA FANTASMA](#)

En periodismo el articulista puede considerarse un ser afortunado. Que le ofrezcan un espacio con firma, adornado con su careto, constituye un reconocimiento profesional: a su valía, a su estilo, a su mordacidad, a su agudeza, a su alquimia contando historias, a su capacidad de imantar lectores, a su percepción del mundo, a la capacidad de compartir otros mundos, no necesariamente los suyos...

A nadie se le escapa que no todos los articulistas son iguales. No se mueven en el mismo escenario, ni juegan con las mismas herramientas ni reglas. En el caso de dar el salto desde la literatura, cuando a un escritor de fama lo seducen para tomar tierra, para ausentarse por un rato de novelar, pasamos a otra dimensión. Otro escenario. Y si además el autor se implica, se lo toma en serio y aborda el encargo como un reto

periodístico que va más allá del propio ejercicio periodístico, estamos de suerte. Y con Javier Marias, nos tocó el diapasón.

¿Qué se espera de un escritor que aparca la ficción para escribir de las cosas que pasan? ¿Son mejores los columnistas, los articulistas por el hecho de ser literatos? ¿Debe un escritor sacrificar su altura narrativa, bajar el listón de su prosa o su poética, para hacerse más cercano, más asequible al lector medio? ¿O, por el contrario, lo que se espera del escritor es que eleve la calidad de los artículos?

¿Un escritor metido a periodista es un intruso? ¿Un periodista con atisbos de literato se excede? ¿Estar más pegado a la actualidad es una garantía para escribir mejor en prensa? ¿O escudriñar lo que pasa desde fuera, desde la distancia, es una garantía de originalidad, quizá de autenticidad? ¿El verbo cuidado, la palabra precisa, el ritmo narrativo, el argumento son imprescindibles para ser un buen articulista? ¿O también nos vale el desaliño, la pulsión, la supeditación a la actualidad, la prisa encadenada a los titulares? ¿A los escritores le exigimos más verdad o más subjetividad que a un periodista? ¿Desprestigia a un escritor meterse a articulista o, al contrario, exponerse a audiencias más amplias, y críticas hasta la desconsideración, los enaltece? En definitiva ¿Puede concebirse hoy la prensa sin el concurso de firmas de postín?

Convendremos en que no. Y nunca fue así. Por ejemplo, en el siglo XIX. Flaubert, Dumas, Dickens, Twain, Stevenson, Tolstoy o Dostoievsky publicaron folletines. Grandes obras de la literatura, como 'Madame Bovary', 'El Conde de Montecristo' o 'Crimen y castigo', nacieron por entregas en los periódicos. No eran artículos pero sí literatura en papel sábana. Los escritores, el ejercicio literario, siempre ha estado presente en la prensa.

Pero ¿actualmente cómo son los articulistas? ¿Qué se espera de ellos? Javier Marias creía que había que dar la cara y hablar claro. Y a las claras, lo que derivó en no pocas controversias y le granjeó no pocas enemistades. Puede decirse que gustaba de reconocerse en ese perfil hosco, gruñón, cascarrabias que le adjudicaron sus detractores, pero que el casi asumía. Con displicencia, claro. *“No tiene sentido escribir para decir las*

cosas que todo el mundo ya piensa, o para decir las cosas que uno mismo no piensa. Uno debe decir lo que piensa y no tener pelos en la lengua". En otra ocasión, en una entrevista, dijo: "Tampoco quiero escribir de vaguedades o repetir lo que dice todo el mundo. Si mi punto de vista es igual al de la mayoría, me abstengo. Hablo de aquello en lo que tengo una perspectiva que no coincide con los demás, con la mayoría".

Sinceridad, búsqueda de la originalidad y nulo temor a la confrontación. Gustaba de alentar debates. A Marías le ponía zarandear, si no ya conciencias, al menos actitudes, modos y maneras que entendía caducos o falsos. Huía de clichés, de lugares comunes, toleraba pocas pamplinas y pese a su evidente notoriedad, aconsejaba a los columnistas, sus colegas *"no hacer ningún cálculo con el impacto de lo escrito y no buscar el halago del lector"*. ¿Nos creemos este alarde de humildad?

¿Columnista o articulista? A bote pronto quédense con una diferencia física, si quieren hasta geométrica: el columnista dispone de una caja de texto vertical en la que embutir pocas palabras y menos ideas. El articulista, por contra, dispone de un espacio más amplio, a veces una página completa, para explayarse. La columna es una pintada; el artículo, un mural. La columna tiene que ser necesariamente directa, veloz, con pocas florituras, con escasos meandros y digresiones. Normalmente apegada a la actualidad.

En cambio, el artículo goza de una extensión que permite explayarse. Argumentar y debatir. La idea central, el asunto del que se quiere hablar, tiene espacio. Sobre todo para la reflexión. Permite lanzar temas bien trabados para que el lector piense. Que tome partido o no, es accesorio. No pasa nada si el artículo incomoda pero no puede pasar desapercibido.

Marías decía que *"en una columna, para el que la escribe, aparte de ganar algún dinero, se ve forzado a pensar en asuntos más o menos de actualidad, y a pensar algo distinto —si se da el caso— de lo que la sociedad y la época ya piensan por sí solas. Para el que la lee, uno confía en que a su vez se pueda parar a pensar un poco más de lo habitual, o a considerar otro punto de vista. A menudo —es así— en los propios cabreos*

con lo que se dice, se hace o sucede. Pero también procura uno cambiar de tonalidad de vez en cuando, o si no sería un permanente cascarrabias”.

Resulta interesante ver como Marías, un autor tan prolífico, encara su labor periodística. Sólo en su última etapa en El País publicó 939 artículos, recopilados en el libro titulado '¿Será buena persona el cocinero?'. Antes tuvo página en El Semanal del grupo Correo, del que se desligó cuando le censuraron un artículo. Algo insólito que no tragó. Sus inicios en la revista 'Claves' están resumidos en 'Vidas escritas'. Larga trayectoria. Javier Marías no era un articulista cualquiera. Como han podido comprobar pertenecía a la rara estirpe de los que escriben lo que le da la gana, sobre lo que le da la gana, y cómo le da la gana. Eso, puedo asegurárselo, en mi profesión, es un lujo. Y un reto, claro está.

Las columnas son pasto fácil del olvido. Una llamarada rápida que se consume y se olvida de un día para otro. Suele dejar poco poso más allá de la inmediatez. El artículo tiene vocación de borrajo, de esa candela que ha costado prender y que aspira a trascender, a perdurar y a suscitar debate. Aunque, a veces, basta con dejar al lector boquiabierto, perplejo, atónito, engatusado con asuntos comunes, de andar por casa, que el que escribe sublima.

Cuando el artículo se convierte en sección, el autor se consagra como un referente de la publicación. Y si se abre por su página, ni les cuento. Marías ironizaba sobre el efecto de su obra en prensa: *“Me doy cuenta de que mucha gente espera mis artículos. Lo que quizá me libra de ser un cascarrabias, es que cuando me meto con algo siempre trato que haya un poco de humor”*. Aunque si algo caracteriza sus escritos periodísticos no es tanto el humor como la mordacidad, la ironía o la sátira.

¿Pero que es lo que en el fondo persigue Marías? Así nos contesta: “Fogonazos de reflexión, frases, pensamientos, a veces una escena en la que uno reconoce algo que probablemente ya sabía, pero que no sabía que lo sabía. Es un reconocimiento porque uno es capaz de decir que algo es verdad porque, de alguna manera, ya lo ha

experimentado o lo ha vivido". Habla de "observar, contar, y reflexionar" en cada columna. En cada artículo.

¿Cómo encajaba Javier Marías las críticas a sus escritos, por demasiado intelectuales y corrosivos; o a él mismo, para muchos un hombre voluble, huraño, petulante? "Sí, yo soy algo pedante, sí. Es que yo creo que la pedantería viene dada en muchos casos por timidez. Uno atraviesa, sí, ciertos periodos de timidez, de inseguridad, y una de las maneras más tópicas en que esta inseguridad se manifiesta es a través de cierta soberbia, de afirmaciones rotundas propias de la juventud".

Otro frente: "Eso del 'escritor intelectual' creo que fue una etiqueta un poco falsa, porque quizá por haber empezado muy joven he tenido por lo menos tres etapas distintas". Sus primeros libros –dice– "no tenían nada de difíciles, eran frenéticos, pasaban miles de aventuras..." Luego vinieron "más densos, más difíciles, incluso más experimentalistas..." Y el tránsito a su tercera etapa, el periodo donde desarrolla más actividad como articulista, lo define así: "No sé, todo el mundo cambia mucho a lo largo de su vida, y eso se nota en tus novelas, y más si has empezado a escribir muy joven. Tal vez yo hice mucho ejercicio literario, primero de un tipo y luego de otro, y ahora he empezado a escribir de las cosas que también me importan a mí en la vida".

Aquí nos da, quizá, una de sus claves: no sólo le basta con hablar sin tapujos de las cosas que de verdad importan, sino también de las cosas que a él le importan. Que son temas que, al final, interesan a más gente de la que cree. Gente que, toda una paradoja, calla.

"Me consta que a bastantes lectores les parezco un cascarrabias, y de eso no me voy a defender. Pero también sé que a otros los "consuelo" o "reconforto" con mis palabras, y que agradecen ver impreso lo que ellos piensan y —me cuentan— no se atreven a expresar ni entre sus amistades, por temor a ser rechazados si lo hacen. A eso hemos llegado, sí: a lo más grave que le puede ocurrir a una sociedad libre y democrática, porque es algo propio de las dictaduras: a tener miedo de opinar en voz alta. Y a eso hemos llegado".

Fragmentos escogidos de lectores empedernidos, de eso va La Palabra Contada, hoy en una edición atípica. Mis compañeros han glosado soberbiamente al autor. Difícil tarea resumir la entidad de Marías en la literatura y el periodismo español. Pero yo me quedaría con la palabra "talento". Y, por añadidura, con "título". Titular es talento, retrata el magisterio del escritor. En realidad no sólo con el nombre del artículo, esos latigazos de ingenio, sino también con las primeras frases que enganchan y atrapan. Una muestra.

Famosos Imbéciles Morales

"No es lo mismo un perfecto imbécil que uno famoso. Éste no sólo lo es, sino que su imbecilidad es de todos conocida"

Sólo ficciones, subjetividades e inexactitudes

"Relatar cabal y verídicamente la existencia de alguien es vano y quimérico, o como mínimo exige grandes dosis de credulidad"

Perrerías póstumas

"Han logrado convertir la posteridad de las obras en lo peor que a sus autores les pueda suceder. Aunque ellos no se vayan a enterar"

Cine para ver mejor

"A muchos políticos no hay más que trasladarlos al celuloide (o a lo que se utilice ahora en cine) para saber con claridad cómo son, quiénes son, y que no se les puede votar"

Contra las nebulosas contemporáneas

"Es indispensable que Trump quede en la memoria de las gentes como un atroz individuo, ladrón y golpista"

Que se los lleve la nieve

"Estos políticos no lo son. No sirven, no ayudan, no organizan, no gestionan. Que la población se las componga"

No tengo la blanca

"Cada vez que algo de escaso tamaño se me cae, jamás permanece en su sitio, sino que rueda o rebota o se desliza y esconde".

Cuando razonar resulta ofensivo

"Ha llegado el momento en que los argumentos y razonamientos se reciben con la misma indiferencia que lo que tan sólo es cháchara".

Y, una última ráfaga sólo de titulares:

Ministros inexistentes: no existan, por favor

La moda de ser tonto y parecerlo

La aberrante confusión entre logro y privilegio

Cuando uno ya no sabe por qué

A punto de clavarme una bayoneta

El muy antiguo crimen de un escritor

Grandes articulistas: cuestión de talento. Sostenido. Quizá cuadre un símil musical: para llegar a la cima no basta con ser buen músico, ni tan siquiera un virtuoso solista. El articulista debe ser director de orquesta. Pero no uno cualquiera, que sabe tocar todos los instrumentos, sino un amanuense que también compone su propia partitura. Una para cada artículo. Con el público hasta en los ensayos. Como Javier Marías: compositor, solista y director de orquesta aunque él se adjudica un papel más modesto. Esta frase es suya: "Los intérpretes mantienen viva la música. Sin sus voces y sus sonidos sólo tendríamos partituras mudas que ni siquiera sé imaginar".

Muchas gracias. Y buenas lecturas.

Último artículo en imprenta, inédito

El más verdadero amor al arte

"Sin duda una de las más importantes labores del mundo es la de la traducción"